

De la teodicea a la esperanza

Juan Antonio Estrada*

La cultura es el intento de humanizar al animal. Este planteamiento de Adorno integra a la religión como instancia cultural de identidad y sentido. El animal tiene un comportamiento determinado por los instintos y por la dinámica de estímulos y respuestas. No tiene preguntas sobre qué, cómo y para qué hacer, sino que se guía por pautas adquiridas en el aprendizaje. La especie se impone al individuo y el reloj natural orienta al animal en los desafíos de la naturaleza y la lucha por la vida. Otra problemática es la del ser humano. Está también marcado por instintos, estímulos y respuestas, y procesos mecánicos de aprendizaje. Pero hay en él, indeterminación y capacidad de sustraerse a ellos. En nombre de un ideal de cualquier índole puede hacer huelga de hambre, aunque contradiga a su instinto de supervivencia, y el código cultural regula su sexualidad, agresividad y pulsiones. Somos animales con una pobre dotación instintiva, erosionada además por la sociedad y el distanciamiento de la naturaleza. Suplimos nuestras carencias con el aprendizaje cultural, la razón y la libertad. Por eso la cultura es nuestra segunda naturaleza.

No tenemos un comportamiento mecánico, fruto de la herencia y el aprendizaje, de ahí los problemas de orientación y las inevitables preguntas sobre el sentido de la vida (qué podemos saber, hacer y esperar:

Profesor en la Facultad de Teología de Granada.

Kant). ¿Qué es el hombre?: la persona no nace sino se hace, siendo la historia y la sociedad el lugar por antonomasia del animal humano. La identidad y el yo personal son el término de un largo proceso del individuo a la búsqueda de su humanidad. Ideales, valores, normas, reflexiones, creencias y motivaciones desplazan a los instintos y los estímulos, sin eliminarlos, ya que no tenemos un cuerpo sino que somos cuerpos espiritualizados o espíritus corporeizados. De ahí la importancia de la cultura que nos ofrece un proyecto de sentido y un código de conducta para llegar a ser persona.

La filosofía, la ciencia, el arte y la religión son saberes que articulan la identidad, ofreciendo pautas para la hominización. La naturaleza es una realidad referencial desde un saber utilitario e inmanente, y también una entidad prepotente y absoluta que suscita admiración y temor, fascinación y reserva. Del asombro surge la curiosidad y el ansia de conocer cómo es el mundo y cuáles son sus leyes y estructuras. Surgen las primeras hipótesis y teorías para comprenderlo y dominarlo, y con ellas, formas primitivas de cooperación social y de división del trabajo. El intento de descifrar los misterios del cosmos combina el afán teórico de la ciencia y la búsqueda

La persona interpreta la realidad para ofrecer un sentido a su existencia. En este sentido, la religión implica siempre un ir más allá de los límites

filosófica del conocimiento, ya que pronto se toma a la naturaleza como base normativa del comportamiento humano, anticipando las teorías de derecho natural y la inspiración iusnaturalista. El saber filosófico no sólo se

preocupa por cómo es el mundo, sino que se plantea qué es, cuál es su significado racional y cómo son las relaciones entre mundo y hombre

La religión, en cuanto parte de la cultura, se centra en el significado de la vida y en las preguntas de sentido, y contribuye así a la evolución humana. Ofrece una interpretación global de la persona, como la filosofía, pero sin dejarse limitar por la racionalidad y la inmanencia. De ahí que postule una comprensión original de la realidad, definiéndola como creación en las religiones bíblicas, y busque una referencia trascendente para explicarla, a Dios, afirmando así que la realidad tiene diversos niveles ontológicos y admite distintas hermenéuticas. En cuanto que no hay correspondencia absoluta entre conocimiento y realidad, como pretenden las ontologías fuertes y luego las gnosias, susciten preguntas irresueltas y se abre espacio a la fe religiosa. La infundamentación del mundo lleva a buscar una referencia última, desde la que explicarla. La persona interpreta la realidad para desde ahí ofrecer un sentido a su existencia. En este sentido, la religión implica siempre extrapolación, un ir más allá de los límites (de la razón, del mundo, de la historia) que no puede justificar la racionalidad filosófica, incapaz además de las motivaciones que ofrece la religión, dirigida a los afectos y la libertad, además de a la razón.

No se asumen simplemente la historicidad y la contingencia como dimensiones fácticas de la vida, sino que se busca darles un fundamento y

significados, más allá de la realidad material. La pregunta por el sentido de la vida no sólo desborda los límites del cosmos y la historia, sino que es canalizada más allá de la razón. La religión es hija del deseo, de la carencia y de la esperanza, y no sólo construcción racional. No es necesariamente anti-racional, pero traspasa los límites de la razón y ofrece a ésta creencias y motivaciones. Si la realidad plantea la pregunta por Dios, la filosofía es incapaz de solucionarla porque no puede alcanzar una plena ciencia del ser y de Dios, y mucho menos ofrecer salvación desde una presunta revelación del ser. La pregunta de por qué hay algo y no nada es la de la filosofía, pero su finitud y contingencia deja espacio a las religiones, y con ellas a sus respuestas. El lenguaje religioso tiene pretensiones cognitivas y existenciales, vincula la ética al sentido del hombre en la historia e interpreta los acontecimientos en relación con lo divino. Los diversos tipos de religiones dependen precisamente de cómo se concibe esa relación con la divinidad en el contexto de las diferentes tradiciones culturales, es decir, de cómo se articulan la inmanencia y la trascendencia con la persona y el mundo.

El mal como impugnación del sentido

En este contexto el mal es un componente esencial de la vida, que radicaliza la pregunta por el hombre y su sentido. Por un lado, está el mal natural o físico, causado por la naturaleza en su doble dimensión cósmica y personal, que es la causa de las catástrofes naturales, de las enfermedades, del dolor y el sufrimiento, vinculados a la corporeidad espiritual del animal humano. El sufrimiento inherente a la vida es aquí el problema radical, objeto de la reflexión filosófica pero, sobre todo, vivencia existencial omnipresente. Abruma la cantidad de sufrimiento acumulado en la historia, en el que se juntan las catástrofes naturales, las enfermedades y el dolor causado por el hombre. Parece como si la misma evolución natural y el progreso histórico no pudiera darse sin una buena dosis de sufrimiento. El desgaste progresivo, corporal y espiritual, así como la precariedad y vulnerabilidad de la salud constituyen dimensiones fundamentales de la vida y recuerdan que la muerte es el término de un proceso vital.

Y junto a ello está el mal generado en la historia y en la sociedad, es el mal moral que tiene al hombre como agente y que se concreta bajo denominaciones como pecado, injusticia, violencia, dominio, etcétera. La historia se construye a base de sufrimiento y los grandes imperios no son más que el reverso de los pueblos oprimidos. Por eso Hegel habla del matadero de la historia. El mal es el resultado de las acciones humanas y la injusticia y la opresión se convierten en sus exponentes radicales...

Para leer el texto completo hay que ser suscriptor o comprar este número. Acudir a www.iglesiaviva.org/suscripcion2.htm